

pecto á un Catilina cuya dictadura rechaza hoy: ruego á la Asamblea que se fije en que la cuestión de aplazamiento, sencilla en la apariencia, entraña otras, y supone, por ejemplo, que debe hacerse una ley (1).» La izquierda prorrumpe en nuevos murmullos. «¡Callen los treinta votos!», exclama el orador dirigiendo la vista al sitio en que se sientan Barnave y los Lameth. «Por último, añade, si se quiere, votaré también el aplazamiento, pero bajo la condición de que se decrete que desde ahora hasta su terminación no ha de haber ningún motín.» Unánimes aclamaciones acogen estas últimas palabras; á pesar de todo, vótase afirmativamente el aplazamiento, mas por una mayoría tan insignificante que se pone en duda el resultado y se exige una nueva votación.

En aquella ocasión se admiró sobre todo á Mirabeau por su singular audacia; tal vez no había subyugado nunca tan imperiosamente á la Asamblea; pero su fin estaba próximo, y aquel debía ser el último de sus triunfos. Mientras ideaba sus grandes planes, acosábanle presentimientos de muerte, que algunas veces interrumpían sus tareas; pero su conciencia estaba satisfecha, y el aprecio público le aseguraba que, si no había trabajado aún bastante para la salvación del Estado, había hecho por lo menos lo suficiente para su propia gloria. Pálido y con los ojos hundidos, apenas se le reconocía cuando estaba en la tribuna, y á menudo experimentaba súbitos desfallecimientos. Los excesos de placer y de trabajo, y las emociones de la discusión, habían gastado en poco tiempo aquella naturaleza tan vigorosa; los baños que le prescribieron y que contenían una disolución de sublimado, habían producido el color verdoso de su semblante, atribuido á los efectos de un veneno. La corte estaba alarmada, todos los partidos inquietos; y antes de su muerte..., preguntábase con insistencia cuál sería la causa. La última vez que se presentó en la Asamblea tomó la palabra cinco veces; salió desfallecido y no se le volvió á ver más. Hallábase en su lecho de muerte, del cual no debía salir ya sino para ser trasladado al Panteón. Aunque había exigido de Cabanis que no se llamara á los médicos, se le desobedeció; pero cuando llegaron, vieron que la muerte, ya muy próxima, se había apoderado de los pies. La cabeza fué la última parte atacada, cual si la naturaleza hubiese querido permitir que brillase el genio hasta el último instante. Un gentío inmenso se agolpaba en los alrededores de la casa, ocupando todas las salidas, pero reinaba el más profundo silencio. La corte enviaba un emisario tras otro; y de boca en boca se transmitían los últimos partes sobre el estado de su salud, que causaban por doquiera un pesar más profundo según progresaba el mal. En cuanto á Mirabeau, rodeado de sus amigos, manifestaba algún sentimiento por dejar interrumpidos sus trabajos, y también cierto orgullo. «¡Sostén esta cabeza, decía á su criado, esta cabeza que es la más fuerte de Francia!» La agitación del pueblo le conmovió; la visita de Barnave, su adversario, que se presentó en su casa en nombre de los jacobinos, le produjo la más dulce emoción. Aún consagró algunos pensamientos á la causa pública; y como la Asamblea

(1) Mr. Goupil, increpando en otro tiempo á Mirabeau, había exclamado con la derecha de la cámara: «¡Catilina está á nuestras puertas!»

debía ocuparse del derecho de testar, llamó á Mr. de Talleyrand para entregarle un discurso que acababa de escribir: «Chistoso será, dijo, oír hablar contra los testamentos á un hombre que ha dejado de ser y que acaba de hacer el suyo.» La corte había querido en efecto que le hiciera, prometiendo satisfacer todas las mandas. Al emitir algunas opiniones respecto á Europa, y adivinando los proyectos de Inglaterra, exclamó: «Ese Pitt es el ministro de los preparativos, y gobierna con las amenazas; si yo viviese, ya le daría que hacer.» El cura de su parroquia llegó á poco para ofrecerle sus auxilios: Mirabeau le dió gracias cortésmente, y díjole, sonriendo que los aceptaría gustoso si no estuviese en su casa su superior eclesiástico, el obispo de Autún. Después mandó abrir las ventanas y dijo á Cabanis: «Amigo mío, moriré hoy; ya no falta más que rodearse de perfumes, coronarse de flores y embriagarse con la música, para entregarse pacíficamente al sueño eterno.» Agudos dolores interrumpían de vez en cuando sus nobles y tranquilos discursos. «Habéis prometido, dijo á poco á sus amigos, ahorrarme inútiles padecimientos.» Al pronunciar estas palabras pide opio con instancia; y habiéndosele rehusado, exigiólo con su acostumbrada violencia. Entonces se resuelve engañarle y le presentan una copa asegurándole que contiene opio. Mirabeau la coge tranquilamente, apura el brebaje que creía mortal, y parece satisfecho. Un momento después exhalaba el postrer suspiro: era el 2 de abril de 1791. La noticia se difunde al punto en la corte, en la ciudad y en la Asamblea: todos los partidos confiaban en Mirabeau, y todos, excepto los envidiosos, experimentaron el dolor más profundo. La Asamblea interrumpe sus tareas; dispónese un luto general, y se preparan magníficos funerales. Cuando se pidieron algunos diputados para el acompañamiento, presentaronse todos. La iglesia de Santa Genoveva fué convertida en Panteón, grabándose la inscripción siguiente, que ya no existe en el momento en que escribo estas líneas:

#### Á LOS GRANDES HOMBRES

LA PATRIA AGRADECIDA (2)

Mirabeau fué el primero que mereció el honor de reposar junto á Descartes. Al día siguiente se celebraron sus funerales, con asistencia de todas las autoridades, los representantes del departamento, las municipalidades, las sociedades del pueblo, la Asamblea y el ejército, que seguían el carro fúnebre. Aquel sencillo orador obtenía más honores que jamás recibieron los pomposos féretros conducidos en otro tiempo á San Dionisio. Así acabó aquel hombre extraordinario, que después de haber atacado audazmente y vencido á las antiguas razas, osó volver sus esfuerzos contra las nuevas, que le habían ayudado á vencer, las contuvo con su voz, y se hizo amar de ellas, aun cuando las combatía; aquel hombre, en fin, que cumplió con su deber por razón, por genio, y mas por un poco de oro ofrecido á sus pasiones, y que tuvo el singular honor de que su popularidad no cediera sino á la muerte cuando todas las demás acabaron por disgustar al pueblo. Pero

(2) La revolución de 1830 restableció esta inscripción, consagrando este monumento al destino decretado por la Asamblea.

¿habría conseguido infundir resignación en el corazón de la corte, y moderación en el de los ambiciosos? ¿Hubiera dicho á esos tribunales populares que deseaban brillar á su vez: *Permaneced en vuestros oscuros arrabales*; y á Dantón, á ese otro Mirabeau del populacho: *Deteneos en esa sección, y no os elevéis más*? No lo sabemos: pero la verdad es que en el momento de su muerte se habían depositado en sus manos todos los intereses inciertos, y sólo se confiaba en él. Durante mucho tiempo se echó de menos su presencia: cuando reinaba confusión en las discusiones, dirigíanse todas las miradas al sitio que había ocupado, y parecíase invocar al que las terminaba con una frase victoriosa. «Ya no está aquí Mirabeau, exclamó un día Maury designando la tribuna; no se me impedirá que hable.»

La muerte de Mirabeau bastó para que la corte perdiese el resto de valor que conservaba, y nuevos acontecimientos precipitaron su resolución de huir. El 18 de abril quiso el rey ir á Saint-Cloud, y á poco circuló el rumor de que, no queriendo cumplir los deberes de la Pascua con un sacerdote juramentado, había resuelto alejarse durante la Semana Santa; otros pretendieron que trataba de huir. El pueblo se reúne acto continuo y detiene los caballos; acude Lafayette y suplica al rey permanezca en el coche asegurándole que le abrirá paso; pero el monarca se apea y no quiere permitir ninguna tentativa: su antigua política consistía en no parecer libre. Por consejo de sus ministros dirígese á la Asamblea para quejarse del insulto que acaban de inferirle; aquélla le acoge con su bondad acostumbrada, prometiendo hacer cuanto de ella dependa para asegurar su libertad, y Luis XVI sale aplaudido por todos, excepto los diputados de la derecha. El 23 de abril, obedeciendo el consejo que le dan, manda á Mr. Montmorin escribir una carta á los embajadores extranjeros, en la cual desmiente las intenciones que le suponen fuera de Francia; declara á las potencias que ha prestado juramento á la Constitución, hallándose dispuesto á respetarla; y proclama como enemigos suyos á cuantos insinúan lo contrario. Las frases de esta carta se habían exagerado intencionadamente para que pareciese arrancada por la violencia, como así lo indicó el rey al enviado de Leopoldo. Este príncipe recorría entonces la Italia; hallábase en aquel momento en Mantua, y Calonne entablaba negociaciones cerca de él. Un enviado, Alejandro de Durfort, llegó de Mantua para ver al rey y á la reina, é informarse de sus disposiciones. Interrogóles primeramente sobre la carta escrita á los embajadores, y contestaron que por el lenguaje se debía comprender que era forzosa; hizoles después varias preguntas acerca de sus esperanzas, á lo cual contestaron que no les quedaba ninguna después de la muerte de Mirabeau; y hablándoles por último respecto á sus disposiciones hacia el conde de Artois, aseguraron que eran excelentes.

Para comprender el motivo de estas preguntas, es preciso saber que el barón de Breteuil era enemigo declarado de Calonne; que su enemistad no había cesado en la emigración, y que revestido de plenos poderes de Luis XVI cerca de la corte de Viena, contrariaba todas las medidas de los príncipes. Había asegurado á Leopoldo que el rey no quería que los emigrados le salvaran, porque temía sus exigencias, y que la reina se ha-

bía indispuerto personalmente con el conde de Artois. Proponía siempre para la salvación del trono todo lo contrario que Calonne; y nada olvidó para anular el efecto de esta nueva negociación. El conde de Durfort volvió á Mantua, y el 20 de mayo de 1791, Leopoldo prometió destacar treinta y cinco mil hombres á Flandes y quince mil á Alsacia, anunciando que un número igual de suizos marcharía á Lyon, y otros tantos piemonteses al Delfinado, mientras que España reuniría veinte mil hombres. El emperador prometía además la cooperación del rey de Prusia y la neutralidad de Inglaterra. El rey de Nápoles, el de España, el infante de Parma y los príncipes expatriados debían firmar una protesta en nombre de la casa de Borbón. Recomendábase asimismo al rey que no se alejara aunque tuviera deseos de ello; mientras que Breteuil, por el contrario, le aconsejaba que partiese. Posible es que por una y otra parte se dieran los consejos de buena fe; pero ha de observarse, sin embargo, que eran dictados según los intereses de cada cual. Breteuil, que deseaba anular la negociación de Calonne en Mantua, aconsejaba la marcha; y Calonne, que no hubiera reinado más si Luis XVI se hubiese trasladado á la frontera, le insinuaba que se quedase. Como quiera que sea, el rey se resolvió á marchar; y con frecuencia se le oyó decir después en sus ratos de mal humor: «Breteuil fué quien lo quiso.» Escribió, pues, á Bouillé, manifestándole que estaba resuelto á no diferir más la marcha; pero su intención no era salir del reino, sino retirarse á Montmedy, desde donde podría apoyarse en el Luxemburgo, en caso necesario, y recibir los auxilios extranjeros. El camino de Chalóns, por Clermont y Varennes, fué el preferido, contra el parecer de Bouillé, é hicieronse todos los preparativos para marchar el 20 de junio. El general reunió las tropas en que más confiaba, preparó un campamento en Montmedy y reunió abundantes forrajes, dando por pretexto de todas estas disposiciones los movimientos que se observaban en la frontera. La reina se había encargado de los preparativos desde París hasta Chalóns, y Bouillé desde este último punto á Montmedy. Varios destacamentos de caballería, poco numerosos, debían trasladarse á diversos puntos, bajo el pretexto de escoltar un tesoro, á fin de recibir al rey á su paso; y el mismo Bouillé se proponía avanzar hasta cerca de Montmedy. La reina se había asegurado de una puerta excusada para salir del castillo; la familia real debía viajar bajo nombre extranjero y con pasaporte falso. Todo estaba dispuesto para el 20; pero un temor hizo aplazar el viaje hasta el 21, retraso que fué fatal para aquella desgraciada familia. Lafayette no sabía absolutamente nada acerca del viaje; y hasta el mismo Montmorin, á pesar de la confianza de la corte, lo ignoraba del todo; sólo estaban en el secreto las personas indispensables para la ejecución del plan. Habían circulado, no obstante, algunos rumores de fuga, ya porque se hubiese traslucido algo ó porque se propalase alguna de esas alarmas tan comunes entonces. Como quiera que sea, el comité de averiguaciones recibió aviso, y redobló la vigilancia de la guardia nacional.

El 20 de junio, á eso de media noche, el rey, la reina, madama Isabel y madama de Tourzel, aya de los infantes de Francia, se disfrazan y salen sucesivamente del castillo. Madama de Tourzel se dirige con los niños al

pequeño Carrousel, y sube á un coche conducido por Mr. de Fersen, joven noble disfrazado de cochero; el rey se reune con ellos muy pronto; pero la reina, que había salido con un guardia de corps, les inspira la mayor inquietud. Ni ella ni su guía conocían los barrios de París; la reina se pierde y no da con el pequeño Carrousel hasta una hora más tarde; al dirigirse á este sitio encuéntrase con el coche de Lafayette, cuyos servidores alumbran con bachas; pero ocultándose en los portales del Louvre, se libra de aquel peligro y llega al coche, donde se la esperaba con tanta impaciencia. Reunida toda la familia, emprende la marcha, y después de recorrer un largo trayecto, padeciendo una segunda equivocación, llega á la puerta de San Martín, donde les espera una berlina tirada por seis caballos. Madama de Tourzel, que había tomado el nombre de madama de Korff, pasaría por ser una madre que viajaba con sus hijos; el rey hacía las veces de ayuda de cámara; y tres guardias de corps disfrazados debían preceder al coche como batidores ó seguirle como servidores. Al fin emprenden la marcha, acompañados de los mejores deseos de Mr. de Fersen, que vuelve á París para tomar el camino de Bruselas. Entretanto el hermano mayor del rey se dirigía hacia Flandes con su esposa, siguiendo otro camino para no excitar sospechas ni ocupar los caballos que había en las paradas.

El rey y su familia viajaron toda la noche sin que París lo advirtiese. Mr. de Fersen corrió á la municipalidad para ver si se sabía algo; á las ocho de la mañana se ignoraba aún el hecho; pero muy pronto se propagó el rumor, circulando con la rapidez del rayo. Lafayette reunió sus ayudantes, ordenándoles que partiesen en el acto; dijoles que no alcanzarían sin duda á los fugitivos, pero que era preciso hacer algo; tomó sobre sí la responsabilidad de la orden que daba, y en su redacción supuso que la familia real había sido arrebatada por los enemigos de la causa pública. Esta respetuosa suposición fué admitida por la Asamblea y adoptada siempre por todas las autoridades. El pueblo, amotinado en aquel momento, acusaba á Lafayette de haber favorecido la evasión del rey; y el partido aristócrata dijo después que le había dejado huir para apoderarse de él y perderle por aquella inútil tentativa. Sin embargo, si Lafayette hubiera querido dejar huir á Luis XVI, no hubiera enviado sin orden de la Asamblea dos ayudantes en su persecución; y si, como lo han supuesto los aristócratas, hubiera sido su intención dejarle huir para prenderle después, no le habría dejado toda una noche de ventaja. El pueblo pudo desengañarse muy pronto, y Lafayette conservó su buen nombre.

La Asamblea, reunida á las nueve de la mañana, ofreció una actitud tan imponente como en los primeros días de la revolución. Convencidos todos de que Luis XVI había sido arrebatado por violencia, reinó la mayor calma y la más perfecta armonía durante aquella sesión. Las medidas que adoptó Lafayette fueron aprobadas: el pueblo había detenido á los ayudantes en las barreras; pero la Asamblea, obedecida en todas partes, mandó abrirlas al punto. Uno de los ayudantes, el joven Romeuf, llevaba el decreto que confirmaba las órdenes dadas por el general, recomendando á todos los funcionarios públicos que evitaran, por cuantos medios fuera posible, las consecuencias de dicho raptó, impidiendo que

se continuara el viaje. Siguiendo las indicaciones del pueblo, Romeuf siguió el camino de Chalóns, que era el verdadero y el que ofrecía más probabilidades, puesto que se había visto en él un coche tirado por seis caballos. La Asamblea mandó llamar después á los ministros y decretó que no recibirían órdenes sino de ella. Luis XVI había mandado á su ministro de Justicia, al marchar, que le enviase el sello del Estado; la Asamblea resolvió conservarle para sellar sus decretos. Después dispuso que se organizase la defensa de las fronteras, y encargó al ministro de Estado asegurase á las potencias que en nada habían cambiado las disposiciones de la nación francesa.

Luego se oyó á Mr. Laporte, intendente de la lista civil. Había recibido diversos mensajes del rey, entre otros una carta, que rogó á la Asamblea no abriese, y una memoria donde se consignaban las razones que el monarca había tenido para marcharse. La Asamblea, dispuesta siempre á respetar todos los derechos, restituyó á Mr. Laporte la carta que no había querido hacer pública, y dispuso la lectura de la memoria, que fué escuchada con la mayor calma, sin que produjese la menor impresión. El rey se quejaba de haber perdido sus prerrogativas con poca dignidad, manifestando también resentimiento porque se había reducido á treinta millones la lista civil. Oyéronse las quejas del monarca, deploróse su debilidad y se pasó á otro asunto.

En aquel instante, pocas personas deseaban el arresto de Luis XVI; los aristócratas veían realizado con su fuga el primero de sus deseos, lisonjándose de que muy pronto estallarían la guerra civil. Los individuos más pronunciados del partido popular, que ya comenzaban á cansarse del rey, consideraban su ausencia como una oportunidad de prescindir de él, concibiendo la idea y la esperanza de una república; todo el partido moderado que gobernaba entonces en la Asamblea, deseaba que el monarca se retirase sano y salvo á Montmedy; y contando en su equidad, confiaba que así sería más fácil un acomodamiento entre el trono y la nación.

Causaba mucho menos temor entonces ver al monarca amenazando á la Constitución desde el centro de un ejército. Sólo el pueblo, á quien siempre se había inspirado este temor, le conservaba aún cuando la Asamblea le había desechado y hacía ardientes votos por el arresto de la familia real.

El carruaje, que había salido en la noche del 20 al 21, pudo atravesar sin obstáculo una gran parte del camino, y llegó á Chalóns el 21, á eso de las cinco de la tarde. El rey, que tenía la indiscreción de asomarse á la portezuela, fué conocido allí, y el que hizo este descubrimiento trató de revelar el secreto, pero impidióselo el corregidor que era un fiel realista. Llegada á Pont-de-Sommeville, la familia real no encontró los destacamentos que debían recibirla; habían esperado algunas horas, pero como se amotinase el pueblo, alarmado por aquel movimiento de tropas, hubieron de retirarse. Sin embargo, el rey llegó á Sainte-Menehould, y una vez allí, y como siguiere asomándose á la portezuela, fué visto por Drouet, hijo del administrador de postas y ardiente revolucionario. Este joven, no teniendo tiempo para mandar detener el coche en Sainte-Menehould, corre á Varennes; un honrado sargento que había observado



MADAMA ISABEL

su afán, y sospecha el motivo, corre en su persecución para detenerle; mas no consigue darle alcance. Drouet se apresura de tal modo, que llega á Varennes antes que la infortunada familia; sin detenerse un instante, advierte á la municipalidad, y hace que se adopten acto continuo todas las medidas necesarias para el arresto. Varennes está situado á orillas de un río estrecho, pero profundo; allí había estado en observación un destacamento de húsares; pero el oficial, viendo que no lle-

le detiene. Empéñase una viva discusión, Luis pretende no ser lo que se supone; y como la polémica llegase á ser demasiado viva, exclama la reina impacientada: «Puesto que le reconocéis por vuestro rey, habladle con el respeto que se le debe.»

Viendo el monarca que toda negativa era inútil, renuncia á guardar el incógnito más tiempo. La pequeña sala está llena de gente; Luis XVI toma la palabra y exprésase con un calor que no le era habitual; protesta



Drouet

gaba el tesoro anunciado, dejó su tropa en los cuarteles. Llega por fin el coche y cruza el puente; apenas se introduce bajo un arco por donde debía atravesar, Drouet, ayudado de otro individuo detiene los caballos gritando: *¡el pasaporte!* y con un fusil amenaza á los viajeros si se obstinan en pasar. Obedécese la orden y le entregan el pasaporte; Drouet se apodera de él y dice que debe examinarlo el procurador de la municipalidad, á cuya casa es conducida la familia real. Este procurador, llamado Sausse, examina el pasaporte, finge encontrarlo en regla, y con muchas consideraciones ruega al rey que espere. Pasa bastante tiempo: Sausse vuelve por fin, después de haber reunido suficiente número de guardias nacionales; entonces renuncia al disimulo y declara al rey que se le ha reconocido y que

de sus buenas intenciones, asegurando que sólo va á Montmedy para escuchar más libremente los votos de los pueblos, librándose de la tiranía de París; y solicita por último que no entorpezcan su marcha, impidiéndole llegar al punto á que se dirige. Enternecido el desgraciado príncipe, abraza á Sausse, pidiéndole la salvación de su esposa y de sus hijos; la reina se une á él, y tomando al delfín entre sus brazos conjura á Sausse á que los deje pasar. El procurador se conmueve, pero resiste é invita al rey á volver á París para evitar una guerra civil. El monarca, por el contrario, atemorizado ante la idea del regreso, persiste en dirigirse á Montmedy. En aquel instante acababan de llegar MM. de Damas y de Goguelas con los destacamentos situados en diversos puntos, y la familia real se creyó ya salvada;